

IDENTIDADES-BISAGRA: EL TRENZADO DE SABER Y SABIR⁽¹⁾ COMO PEDAGOGIA DE LA COMUNICACION

Eduardo Andión Gamboa*

Al preguntarme un alumno como había venido a dar a la comunicología, mi primera reacción fue dar ciertas razones balbuceantes, luego vinieron las dudas sobre si era la persona indicada para suscitar y animar la reflexión sobre la comunicación mexicana, que estaba enseñando. Yo, cuya vocación antes que comunicativa fue la expresiva y solitaria del dibujo; que formo parte de "la primera generación de gringos nacidos en México", cuyas referencias sentimentales y de novias juveniles tienen la impronta de la Ola inglesa y el sonido San Francisco; más bien dadaísta que religioso e institucional, atributos del comunicólogo decente de nuestros días.

Luego comenté a mis alumnos que cuando se me identificaba como comunicólogo, y en el colmo, de la especie de los teóricos, malinterpretaban mis obsesiones por aclararme el Accidente de haber venido a dar a esta comarca de Comunicatlán, en mis tiempos ciertamente despoblada; como también se equivocaban al querer ver en mi voracidad lectora, una tentativa erudita, siendo mas bien una indecisión teórica que lindaba con el diletantismo.

Sin embargo, hoy por accidente vine al caso; para mí es una experiencia nueva que en mis errancias nos encontráramos tratando de preguntarnos cuestiones semejantes. En mi caso, cómo hacer que ese accidente sea parte de mi identidad, y hoy con ustedes intentar rememorar el accidente comunicativo de occidente (nosotros latinoamericanos somos los occidentales).

En lo anecdota anterior encontré la pertinencia de esta alocución, de suerte que antes que hablarles desde la identidad de un contemplativo teórico, me sintonizo en el ejercicio magisterial, como testigo

*Universidad Autónoma Metropolitana. Unidad Xochimilco. México

de una trayectoria, ya que asumí ser hijo de un linaje heterogéneo, miembro de la cofradía de los fieles de nuestro fluctuante dios Mercurio.

DE ERRANCIAS Y NAUFRAGIOS

Como un saber con precoces pretensiones universitarias, en la historia de la comunicología abundan las imposturas. Los estudios comunicológicos han buscado establecerse como saberes canónicos, merecedores de su designación oficial de ciencias. Aspirantes a ese estatus, algunas formalizaciones comunicológicas han momificado sus simplezas iniciales. Y llegada la ocasión han logrado instituir, con gran solemnidad, la administración de ese saber, por definición locuaz y voluble.

Por otro lado, la comunicología aplicada, con ese objeto que es más bien una noción vaga y heteróclita, se ha visto obligada a los abordajes provisionales, al tanteo, y a la oferta de justificaciones en lenguaje hiperbólico y sorprendentes estadísticas con aspecto científico.

La imagen que asocio con todo ello es el de una película del oeste, serie B, donde la ley es la del más rápido, con el gatillo y para instalar cercas, de persecuciones en montón tras los intrusos, y de intempestivas búsquedas de minas de oro legendarias.

¿Pero cuál es el territorio que reclamamos? ¿Con qué legitimidad podemos hacernos de un reconocimiento del oficio? O más bien pretendemos expropiar un saber-hacer ordinario, una natural facultad humana como objeto de un saber experto, y de ahí viene nuestra posición paradójica, nuestra perplejidad.

Para confundir más el panorama, actualmente se ha llegado a hablar de crisis de paradigmas en las ciencias, y de la irrupción de una condición posmoderna que nos trae un culturalismo antidemocrático, o bien una hibridación subversiva y mutante.

Viviendo en un entorno proliferante de múltiples significaciones y relatos, en una escena pública cada vez más mediada, se supondría que podríamos incidir en este campo, que, tanto los políticos como los tecnoeconomistas consideran cada vez más estratégico, pero del cual parecen desconocer casi todo, y sin embargo, muchos de nosotros también estamos perplejos...

Si alguna vez existió un paradigma en la comunicación, quizás se habría fundado más bien en la ilusión, ya bien de ser los comunicólogos capaces de controlar las mutaciones sociales, ya también, con el mismo ánimo omnipotente, de transformar mesiánicamente a las sociedades.

Inflamarnos con tales ambiciones frecuentemente nos hizo olvidar, y dar por descontado, que la idea de comunicación a que nos referíamos, no tenía casi nada que aportar a las escalas microscópicas del comunicar ordinario.

En un libro colectivo y accidental, "*La imagen del tejedor*", Mabel Piccini se pregunta por la existencia y la unidad presunta de una disciplina llamada con fervor mágico Ciencias de la Comunicación. Se interroga también si la palabra comunicación no es sino el pretexto para poder nombrar el acto de donarse la palabra, como prenda preciosa del cuerpo amoroso, y por lo cual sería una impostura reclamarse especialista.

Desde esa idea juzgo, que asimismo, esa mutua donación, en su singularidad, imposibilita deducir de ningún código, el significado de ese acto inconmensurable. Aun si lo tuviera, alcanzaríamos sólo su "verdad", es decir a saber apenas "lo que es", pero no llegaríamos a discernir su sentido, es decir "aquello que pasa".

Vistos desde esa perspectiva el diálogo y la comunicación son infinitos y la singularidad de su sentido se hace inapresable. ¿Dónde entonces erigir límites, instaurar regímenes de significado; en qué confín acaba el ministerio del saber comunicológico?.

Encarados frente al acto amoroso de la comunicación, con su incesante creatividad, hemos preferido resguardarnos en las maneras y las formas de las ciencias, o reducirlo a una lucha trivial por el poder. De este modo los estudios de comunicación han sido cómplices de planes de desarrollo y de supervisión; han ayudado a encauzar los movimientos sociales vertiginosos domeñando sus turbulencias, promovido el dominio a través de la subjetivación con significados trascendentales: la nación, la identidad del Yo y de los grupos.

No obstante, para pensar lo que adviene al campo comunicológico hay que comenzar por desplegar las líneas que componen nuestras lentitudes y celeridades; habrá que extraer fuerza de la disolución de nuestras certidumbres y errancias; preguntarnos qué de nuestras naves vale para el futuro.

¿Qué podemos celebrar en esta pérdida de las certidumbres? ¿Haber sobrevivido a los naufragios de esos navíos concepto, de aquellos nuestros trasatlánticos teóricos?. O quizá más bien festejar nuestras precarias balsas, y resguardar algunos inciertos mapas de regiones que sentimos entrañables; evocar la gracia de un puerto perdido, desde donde habríamos esperado partir hacia ese mar indomable, que nos llama cada vez con mayor fatalidad.

Ese deseo de navegar, en sus diversas figuras, persiste, tal vez menos omnipotente, más sensible a los matices del orden y sus turbulencias. La experiencia de la enseñanza de este saber aún indómito, la intensidad del diálogo que suscita, nos ofrece también la posibilidad de contarnos esos nimios relatos de viajeros pedagogos, pero ahora sin la gravedad del profeta y su verdad, sino para hacernos saber el "pasar de las cosas", su sentido.

En la actual dislocación (la de llegar al caos por el orden e incluso al orden por el caos) ¿cómo podemos resistirnos al accidente que promete libertad pero en forma de errancia itinerante? ¿Cómo enfrentar la sensación de naufragio, sin abandonarse a la indigencia de una necesidad impuesta?

Quisiera compartir una de esas narraciones, que ha tenido como motivo, el engendrar un fragmento de sentido para los oficios de comunicar, travesía surgida de las conversaciones, con mi hermano Mauricio, con mi esposa Margarita, con mis alumnos.

Comenzamos preguntándonos por las condiciones históricas que en México, hacen posible la emergencia de un conjunto discursivo, que toma como referente los procesos técnicos de socialización y mediación simbólica; por el modo en que se conforma el sistema de enunciados de justificación de prácticas de producción simbólica, unificándolas en un saber que comprende el dominio de técnicas simbólicas de los procesos informativos y comunicativos. Partíamos de la idea de que la identidad del comunicólogo se sostiene en un acto histórico de institución, pero que no logra aun hacerse reconocer socialmente, y con todo llega a ser objeto de enseñanza.

LA "ILUSION" DE UNA PROFESION INFUNDADA

Esta interrogación recorre la imagen profesional y personal de los comunicólogos, su identidad material.⁽²⁾ La identidad de los profesio-

nales se hace problemática debido a la precariedad de la unión de un haz diverso de prácticas y oficios, que una vez instalado en el sistema universitario, y nombrado bajo un identificador formal, antes bien designa una aspiración legitimante, que un ejercicio reconocido materialmente en el sector laboral o productivo donde debía insertarse. Las tentativas por erigirse en una ciencia que generase conocimiento, con un dominio cognoscitivo propio, antes que asumirse humildemente como un saber pragmático y técnico arroja a la "comunicación social" a establecerse apenas como objeto disciplinario o de enseñanza; su ubicación interdisciplinaria inscribe a la comunicología actualmente en la encrucijada de la demanda política, las urgencias de la tecnología y el mercado, y el declive del valor no instrumental de las ciencias del hombre.

Ha sido en Latinoamérica, en uno de sus rasgos peculiares, donde la cuestión por la comunicación social ha adquirido notas que la distinguen de las formas logradas en otros países. Los sucesivos momentos de transformación social han afectado las "apuestas" tanto políticas como ideológicas que conforman lo que podríamos llamar: "la querrela por la comunicación".

Al formar parte de un envite político se ha hecho de la comunicación un territorio fértil para el debate de estrategias de poder, utilizándose con frecuencia como arma ideológica, antes que instrumento analítico de los fenómenos sociales. Ello ha tenido como consecuencia dificultar la inserción de la comunicología de manera cabal como objeto legítimo de ciencia, o incluso de método válido de abordaje (para desgracia de los académicos).

Esto significa que la cuestión de la problemática comunicativa ha tenido más éxito ideológico y social, que como herramienta descriptiva de un fenómeno social cada vez más complejo, que involucra la producción y reproducción social y los modos técnicos de transmitirse de los recursos simbólicos de una sociedad en movimiento de auto-creación.

En la construcción de su legitimidad social, la estrategia de los comunicólogos y de los agentes interesados en la problemática comunicativa, ha adquirido, a mi juicio, dos perfiles visibles: el frente discursivo y el de la acción interventora. Episteme y tejné intersacando un sentido común comunicativo ordinario (doxa).

Por un lado, desde su entrada a las universidades, las ciencias de la información y la comunicación social adquirieron un prestigio que no iba a la par con su, digamos, grado de ciencia. Sus pretensiones han sido adecuadas a las aspiraciones modernizadoras del proyecto histórico de los estratos sociales medios y grupos dominantes más afines, que además tienen por apuesta social, la inversión que asegure una trayectoria dentro de la educación superior. A la comunicología le "acredita" su nivel de educación superior, su imagen de nueva profesión moderna, renovación de oficios preexistentes, de donde obtiene cierto reconocimiento como tecnología simbólica antes que simple profesión liberal.

Por otro lado hay que considerar las razones políticas que fundan la función asignada a la comunicación social sobre el principio de tener un papel estratégico en los proyectos de desarrollo de las décadas de los sesenta y setenta. La modernización y factura de naciones "democráticas" y modernas, obliga a la transformación no solamente de las instituciones, sino de los agentes que los ejecutarán.

En su fase emergente, las políticas de comunicación latinoamericana habrían configurado el espacio discursivo sobre el que se dirimiría el sentido social de las prácticas políticas, de justicia y desarrollo económico. Esta idea se irá consolidando lentamente en el ámbito de las representaciones de quienes gestionan el poder estatal. Pero su urgencia se hace más evidente dadas las violentas y rápidas transformaciones en la región, que requieren de la constante restauración y conformación del discurso social, y la necesidad de restituir el consenso, la tarea de constituir un principio aglutinador de estas bruscas dislocaciones; y todo ello apremiaba la proyección de políticas generales de comunicación. En el territorio del discurso político, bajo el fragor de las polarizaciones políticas, y en ocasiones con lo abrupto de las fracturas culturales, se habría visto la necesidad de una gestión simbólico-discursiva de los antagonismos sociales.

Podríamos aventurarnos a conjeturar que esa gestión de las divisiones sociales habría encontrado su correlato en el discurso comunicológico que resalta su función ordenadora, la de dar forma a las "amorfas" sociedades subdesarrolladas, incluso asignándole hasta un papel constituyente de las instituciones políticas, pero manteniendo inmovible la separación entre emisor y receptor.

Esta homología complementaria entre productor y público recrea la razón suficiente de la comunicación instrumentalizada, transfigura el sentido de la mayor apuesta social: la posibilidad de formular legítimamente la definición social de la verdad, la construcción de la legitimidad cultural y política.

Así frente al campo de poder, la emergente legión de comunicadores y comunicólogos se subordina y hace de la noción de comunicación social, como transmisión desde un emisor a un receptor, una apuesta que puede dar validez y legitimidad a los conocimientos específicos y profesionales, a su saber-hacer frágilmente instituido. Lo intenta realizar en el logro eficiente de consensos, en la promoción de identidades sociales y lealtades dóciles.

Con esta división canónica se ha logrado cierta pertinencia y poder profesional en su oficio de intermediario; construir un discurso a la medida de sus ambiciones clasemedieras, que obtiene del campo político cierta autoridad y legitimidad práctica, pero cuyos dividendos son solamente políticos antes que científicos.

Mientras tanto en la frontera con el ámbito académico tradicional la estrategia pareció ser la de inscribir el proyecto de la enseñanza del saber comunicológico en aquellos campos intelectuales donde se permitiera una mayor facilidad y laxitud para darle una aparente autonomía disciplinaria, con el sueño de tener eventualmente un objeto propio y metodologías adecuadas para un cuerpo teórico aún in formulado. La investigación sobre las exigencias prácticas de las labores y destrezas profesionales, se vio por ello mientras tanto postergada, en aras de la construcción de un lugar en la academia universitaria.

La dificultad de esta empresa intelectual no se hizo patente a sus promotores, sino hasta la constatación de la multiplicidad de identidades culturales, la complejización industrial de los procesos de construcción simbólica, el variado universo de las agencias de producción cultural en sus diversas ramas, y la importancia demasiado política de la comunicación, para dejárselas a los comunicólogos.

La estrategia de legitimación de la comunicología nunca tuvo momentos más felices que cuando se conjugaron los dos intereses: el empeño político que consistía en la promoción de la cultura popular y una línea de actividad de dar voz a quien no la tuviera; y el interés

académico de tener un campo y un objeto estudiable con respaldo de las tradiciones sociológica y antropológica.

Lo rescatable del impulso en el estudio de tales realidades culturales fue el retorno a los abordajes micrológicos, cercanos a la antropología social, y el abandono de las pretensiones de realizar gran teoría totalizadora. Por lo mismo, se hizo más sensible la consideración de las sutilezas transportadas por las diferencias en las significaciones, y de los sentidos construidos por los diversos grupos sociales, incluso permitió llegada al campo comunicológico de los análisis discursivos.

Con ello la comunicología latinoamericana se puso en sintonía con la emergencia de nuevos movimientos teóricos en ciencias sociales, que buscaban incorporar nuevos métodos para registrar los complejos y frágiles procesos culturales de sociedades desacompañadas en su advenimiento a la modernidad, con sus metabolismos de asimilación característicos .

Pero aún cuando asumiéramos las crisis de las ciencias sociales en su conjunto (posmodernidad, saberes fragmentarios, sabires y mixturas) ¿cómo darse los medios para pensar esa multiplicación desde paradigmas de comunicación que no tienen más filosofía política que la de "dar un mensaje"?, y luego ¿Cómo transmitir esa heterogeneidad teórica a los alumnos, sin trivializarla en una nueva moda más?

Podemos decir entonces que en el rastro que ha dejado la constitución de la idea de una comunicación moderna, habrían dos vocaciones destacables. Aquella profesada por los agentes académicos, encaminada por una aspiración de legitimidad dentro de las ciencias sociales: búsqueda de un orden en su discurso, orden asentado en el principio de racionalidad científica, donde se propondrían una operación deslindadora a partir de la cual se habría de establecer un campo cognoscitivo que permitiera regular las conexiones entre un orden epistemológico y uno ontológico.⁽³⁾

En cambio, la otra vocación instrumentalizará la idea de comunicación como justificación constitutiva de prácticas dominantes y divisiones políticas tomando un carácter legitimador; aquí el concepto de comunicación se sustentará como finalidad última, que tiende a clausurar en un solo sentido verdadero a las prácticas sociales. La disposición unificante de ésta noción hacia la construcción de una comunidad cerrada se opone y dificulta una concepción diferencial de las prácticas comunicativas.

En la primera acepción -como herramienta cognoscitiva y una referencia al interés campal- nos encontramos que dada la diversidad de escalas, órdenes y dimensiones del acontecer comunicativo, éste aparece múltiple, heteromórfico e incluso equívoco. Por lo tanto se ha ido conformando precariamente como objeto (algunas veces casual) de perspectivas disciplinarias diversas que obstaculizan un recorte preciso y definido del campo, y a su vez problematizando el modo de construcción de su objeto de conocimiento. El objeto "comunicación" se confunde entre las redes de los varios regímenes de pertinencia disciplinaria. El modo de conocerlo aparece por otro lado como insuficiente, y sus cultivadores incapaces de alcanzar y obtener un estatuto cabalmente científico. El tentativo saber comunicológico no ofrece un orden de discernibilidad específico y menos aún autónomo. Lo que pone en entredicho las aspiraciones de legitimidad y validez autosuficientes propias de una ciencia, y la creencia de sus cultivadores académicos en poder alcanzarla.

En su segunda acepción vocacional -como arma política y herramienta moral- la idea de la comunicación moderna asume, frente a la carencia de un fundamento científico, un otro tipo de aspiración que ha desembocado con frecuencia, debido a su propensión totalizadora, en visión finalistas de distintos carices. Aquí la comunicación se encuentra marcada, en su carácter de arma práctico/moral, por la capacidad instituyente de su fuerza de convocación, y en su posibilidad de llegar a ser la pedagogía cosmopolita ansiada por el Iluminismo. Bajo esta modalidad, para algunos, se erige como el medio por excelencia de las estrategias justificatorias de la desigualdad propia de la condición del tardocapitalismo, pero también ha sido la modalidad sobre la que se edifica el contradiscurso de comunidad, igualdad armonizada por las diferencias funcionales, trasmutada, por virtud de una memoria profunda y esencial de los sentidos de lo social ya comunicados, en el mejor de los mundos concebibles y por ende obligatoriamente deseable.

Por otro lado la esperanza que se funda en la futura integración definitiva (de una parusía de la comunicación), realizable a través de las técnicas de comunicación, ha alimentado sueños y pesadillas acerca de las potencialidades malvadas o benignas, de nuestras muchas reflexiones sobre el fenómeno comunicativo.

Sin embargo esta acción comunicativa y política de constitución y producción de sistemas simbólicos unificadores, de la educación de

los agentes que los reconocerían como propios, se ha complejizado por la emergencia de los Medios de difusión técnicos en escala global. Es la extensión y la intensidad que han alcanzado lo que ha convertido a los Media en un sector de producción en el proceso general de socialización, que antagoniza con los anteriores medios de reproducción y difusión del sentido común. El cauce sobre el que ahora fluyen los Media, llegará a ser el de instituir el principio social de un planetario conocimiento mutuo, y el de elaborar los esquemas básicos de interpretación que conformarán un sentido común del sistemamundo, como cuerpos de explicaciones universales sobre la manera y las razones del acontecer en el mundo social y natural.

El ecumenismo de la comunicología formula así un orden de participación, que se sostiene de modo incierto sobre una universalidad que se ha dado por descontada. Los medios técnicos de comunicaciones son a la vez la consecuencia y el presupuesto sobre el que se realiza el sentido de la comunicación. Ecumenismo que necesita de una buena voluntad que permita, idealmente, la convergencia de los múltiples sentidos y antagonismos culturales, y apuntalarse en un horizonte de la necesidad por alcanzar un sentido moral universal.

En todo ello subyace la arrogante afirmación de que todo es posible por la comunicación; ¿será ello nota característica de una falta de consistencia teórica, y cuya consecuencia es la disolución de su identidad como saberhacer especializado?. En los ámbitos académicos y políticos, la idea de la comunicación moderna como práctica transformadora, aun se concibe sintonizada con el factor de progreso o modernización e incluso de igualdad.⁽⁴⁾

El problema ha sido pues la constitución de una identidad profesional, que por su vaguedad ha terminado por imaginar una meta desmesurada para su realización. Concepción de la videopolítica que busca culminar con la movilización de la voluntad general, y una revelación concientizadora como forma de la redención. El papel asignado a los Media y a la idea de comunicación como herramienta modernizadora, era la de ser la condición necesaria del futuro.⁽⁵⁾

En este exceso, el residuo es la diferencia. Inasimilable por el discurso oficial que tiene que deformarla como detalle de una unidad mas vasta. También es expulsada por el autoritarismo sectario, la diferencia no tiene sentido más que a condición de ser absorbida en una identidad fundacional que la trasciende y la redime.

LOS ESTRAGOS EN LA LENGUA

En México, más concretamente, el saber de la comunicación también se organizó a partir de la voluntad y el esfuerzo modernizadores. Existía una fisura en lo que ya se sentía como los albores de la anhelada comunidad final y definitiva, presumible como milagro mexicano. El lenguaje social sin embargo no dio más de sí como vínculo válido entre los decires y los haceres, entre los públicos y los productores de las definiciones legítimas del mundo social. La fe en la palabra, minada ya por los excesos sofisticos gubernamentales y sociales, habría de caer en ese abismo abierto entre el mundo y su representación. En el transcurso de esta pérdida ocurre una inversión pública de la sensibilidad frente al lenguaje. Se predispone una atención más al no-dicho de lo expresado y menos lo que expresa literalmente. El Lenguaje parece cada vez más estéril, no engendra sino en su sombra. Se vive en México ese ejercicio del decir, no tanto para ocultar algo, sino para no decir nada, el hueco se hace positivo y anonadante.

Sólo el lenguaje del poderoso se asume públicamente como la fuerza del mismo lenguaje, pero en su capacidad para decepcionar la fecundidad del habla. En tanto que se logre hacer olvidar la artificiosidad constitutiva del habla, no hay restauración posible del lenguaje. Hay que recordarse de su fundación inventada en colectivo, imaginada y narrada una y otra vez, en el secreto de la conversación, y aun también en su fugacidad promisoría, en su efímera perseverancia.

La enfermedad del lenguaje en México ha corroído la vida pública, decir no es hacer, decir será aplazar insidiosamente el hacer. Desprecio por el lenguaje, y desconfianza radical de la voz, con ello se suscita la delegación del poder del habla. Se ha dicho que al encarar "la muerte de septiembre 1985" parecía que la voz se recupera a partir de la vivencia de que nada ni nadie tendría el legítimo y último fundamento del derecho a la palabra. Por lo tanto la palabra y su poder volvían a ser de todos, ahora era posible empezar a compartir el delirio, apremiar al lenguaje para decir lo que todavía no ha dicho, aquello que quién sabe si puede decir. Sin autoridad reconocida, la apropiación de la palabra se experimentó como la condición de unas nuevas reglas del decir.

Las aspiraciones de las ciencias de la comunicación social son un epílogo de la modernidad, si al sostener la finalidad de vincular,

integrar y concertar se autoasigna la función simbólica de asegurar, por una política del lenguaje, lealtades trascendentales. Las ciencias se ocupan ya de la relación "verdadera" con la realidad. La gestión gubernamental se aprovecha del poder ejecutivo del lenguaje, los Media, bajo el régimen financiero, extraen la seducción al lenguaje. Los sentidos del lenguaje le han sido arrebatados al propio lenguaje.⁽⁶⁾

La "ciencia" de la comunicación mexicana, esa invisible comunidad, irónicamente muda, esperanzada en instalarse entre Las Ciencias, ciertamente se ha preocupado por el problema del lenguaje y su relación con la de dominio de la realidad. Como ciencia, paradójicamente, origina mitologías de la manipulación y la simulación, ampliando el abismo entre el decir y el hacer. La comunicología mexicana fascinada por la fuerza profética de las palabras desde el poder, alimenta también la creencia en la omnipotencia Massmediática. Con moralidad exaltada advierte la malevolencia de sus seducciones. Comunicólogos hipnotizados por el saber técnico de administración y control de lealtades e identidades corporativas, han llegado a celebrar en el posmodernismo la idea de una finitud del estadio precapitalista, convalidando, junto a la tecnocracia, su fijación obsesiva por las asombrosas tecnologías comunicativas. El dispositivo massmediático propone una fatal captura que es asumido por discursos comunicológicos con la voluntad de modernizar hasta la demolición.

Hay otras reflexiones de la comunicología que se proponen cambiar el principio focal de esa mirada. Experimentan y arriesgan el tiro en una línea diagonal. Reciclan conceptos dialécticos de mediación. Exploran ideas que aluden a los límites del lenguaje en su fuerza ejecutora. Presienten una micropolítica, una cartografía molecular. Intentan pensar el flujo vectorial que trazan, a distinta velocidad, los procesos sociales. Prefiguran también otra modalidad de lenguaje, otra manera de comunicar, y seguir el sentido, no encerrarlo.

HACIA UN ROSTRO SIN IDENTIDAD O COMO SER BISAGRA PRESCINDIBLE

Siguen graduándose licenciados en comunicación social, se hacen guardianes de la imagen correcta, especialistas en cristalizar consignas, seductores publicitarios, y administradores de los regímenes de signos. Devienen burócratas de la imagen instituida, aspirantes al

poder de dictar reglas de conducta. Los humildes quisieran llegar a ser solamente intermediarios entre las instancias de emisión y recepción, divulgadores de ciencias y culturas. Los buscadores de notoriedad entran a los espectáculos y la política, buscan reducir distancias y complejidades, entrometerse y desmadejar las marañas íntimas y disimular las calumnias programadas.

A pesar de la crisis teórica de la comunicación social como un saber de certidumbres, resistiéndose a su banalidad, veo lejano que exista el atrevimiento a turbar los contornos que actualmente la circundan. Temo el augurio de que las técnicas comunicativas se pongan a girar sólo sobre sí mismas. Como consecuencia de este derrumbe de las certidumbres, la intemperie a la que nos arroja atemoriza, nos orilla a pensar, sin más amarras que el coraje de explorar otras escalas de invención, y hacer temblar esos contornos.

Habremos de aprender a pensar desde los "sabires" y trazos de culturas híbridas, dónde cada juego del lenguaje constituye su localidad y su grado de resolución, y que son las reglas platicadas, como juego interpretativo lo que posibilita su operación comunicativa. Evitar vincular irrevocablemente a una representación, que anudada a una referencia trascendentalista, legitime su condición de verdad única. Tenemos pues que ya bien aceptamos tantos juegos de lenguaje posibles -sus mutaciones rápidas-, experimentando su trayectoria con prudencia y actuamos como profesionales prescindibles. O resistimos a esta diseminación, y reiteramos la orientación fundamentalista del lenguaje, y su jerarquía que hace de las diferencias una ocasión de predominio.

La condición contemporánea nos ha sensibilizado a la exploración de procesos de transformación de los regímenes y reglas de enunciados, advertir la proliferación de regiones con temporalidades diversas y regulaciones expresivas de formas de vida singulares. Pero con ello lo que se disuelve para las teorías comunicológicas es la certidumbre de un proyecto de unificación, y de una legitimidad que se daba por descontada. Se descompone la imagen de la comunicación misma como concertación sin partitura, su esperanza ideológica y vocación redentora. Es el reto que se le propone desde la condición efímera de bisagra híbrida.

Dentro de estas fractura me inquieta su pedagogía, lo que concierne a los alumnos de comunicación. Este trastocamiento agudiza la diferen-

cia entre lo que el mercado impone como perfil (técnicos profesionales), y el estatus de profesionista que, como ilusión encubierta, mantienen los aspirantes a comunicólogos. Si por una parte este fenómeno expresa un desajuste profundo en la movilidad entre posiciones sociales, ya que el esfuerzo de inversión educativa es cada vez menos una garantía de reconversión económica y de inserción laboral acorde con las expectativas. También expresa el enconamiento de la desigualdad distributiva, que presiona sobre las estrategias de reproducción de las identidades y las posiciones sociales, que los incita a transitar por la carrera de manera protocolar y acomodaticia.

En la pasión por fraguarse una capacidad expresiva quizá reside la fuerza de los estudiantes para persistir en el exiguo abrevadero que les ofrecemos, bajo las condiciones tan indigentes de claridad y de la autoridad tan infundada sobre las que armamos nuestras enseñanzas. Su penuria se traduce en la impaciencia por la cámara de televisión, y su conformidad en los criterios prevalecientes en el mercado laboral que imaginan. Las crisis de paradigmas teóricos que nos preocupan a los académicos, aparecen a sus ojos como entretenido calidoscopio. Mi inquietud toma forma de escalofrío ético y pedagógico. Temo el fraude, la connivencia con la inercia de esta deriva hacia un régimen de pura necesidad, gestionado por estos presuntos técnicos simbólicos.

Es posible que la línea que recorra la reflexión que asuma ese desafío de la comunicación, que colabore en el proyecto que "a tientas" sugiere la diseminación contemporánea, no pasa por una pretendida superación de la razón, sino en el orden de una permeabilidad entre las escalas y los planos de una realidad distinta, la potenciación de lo plural, la declinación de lo absoluto, la intensificación de las mutaciones y sobre todo, la cautela de la conservación. Y no obstante, la travesía viaja con un crédito sin garantías.

Acaso ¿no es ésta la exigencia moral y política a la que obliga el mantenerse fiel a la tensión entre el contar y lo incontable?, pero ahora sin ceder a los absolutos del naufragio como necesidad y de la errancia como libertad. Quizás no haya más que decir sino embarcarse hacia el mar sin contornos, para regresar a narrarnos, otra vez, lo que ha pasado, pero ya sin el grave peso de tener que descubrir un continente.

NOTAS

1 Sabir: lengua de relación surgida de la necesidad de comunicación experimentada por grupos cuyas lenguas maternas son diferentes. Los sabires propiamente dichos son lenguas mixtas. La "lingua franca" hablada antaño en los puertos mediterráneos. (...) Los sabires no son nunca lenguas maternas y se aprenden cuando surge la necesidad de utilizarlos. Georges Mounin Diccionario de lingüística

2 Carlos Pereda hace la distinción entre una identidad formal que equivaldría al yo trascendental, y la identidad material que consiste en la predicación del sujeto con una referencia que satisface al ser del sujeto, su carácter material comprende las narrativas particulares que totalizan las varias atribuciones. En "La identidad en conflicto" La jornada semanal #99; 5.V.91; México.

3 En el programa de investigación de nuestra Area manejamos una tipología heurística: la del comunicador, la del comunicante, y la del comunicólogo en base a los niveles cognitivos y capacidades de un saberhacer con distintos niveles de representación, especificidad y modos de adquisición.

4 Paradójicamente el cosmopolitismo iluminista tecnocrático tiene su dispositivo armado sobre la concepción de una comunidad generalizada, comunidad que se realiza en la eucaristía de los Media, pero también en la impaciencia por una renovación casi milenarista y catastrófica, en un aceleramiento de la permeabilidad social y la reconstitución de un México que se quiere contemporáneo del sistemamundo.

5 En sus versiones más místicas como inmersión en el sentimiento comunitario de totalidad. Es por esto que no están lejanas las profesiones de fe místicas de los nuevos naturalistas, con los fideísmos armados que desean el cielo por asalto. En ellos late el común afán de identificación en un rostro total. Por ello tampoco es casual el empeño de los teólogos por afinar los mecanismos de las técnicas de comunicación en una puesta al día de sus métodos evangelizadores.

6 "Mi bella y vieja lengua, sólida y pertinente, ha perdido su potencia en beneficio de las ciencias, ha dejado su gracia y sus encantos a las grandes empresas de la información y el espectáculo, abandonado su decir a aquellos dictadores del hecho. No queda de ella mas que un andrajo. Este fantasma en harapos mantiene una borrosa función estética (...) sólo le queda celebrar la belleza del mundo. Al lenguaje se le ha podido declarar muerto, sería mejor decir libre, al fin desembarazado de sus obligaciones, puesto que cada vez que un órgano -o una función- se libera de una antigua obligación, inventa." Michel Serres (*Les cinq sens*).